

VASCOS Y CELTAS EN LA RIOJA

POR

ANGEL SUILS

(Continuación)

Los pueblos, sus localizaciones y movimientos

Como síntesis y resumen de lo hasta aquí expuesto vamos a dedicar unas líneas a todos estos movimientos de pueblos. Algunos, supuestos, según las primeras citas de los escritores romanos que los encontraron; otros, que se ocasionaron ya después de Jesucristo; algunos en plena primera Edad Media. No podremos precisar mucho su cronología, si bien basta a nuestro propósito hacer constar su realidad. Al final de este trabajo, como apéndice, uniremos los datos de la Historia con los de la Geología y Antropología prehistórica.

La distinta situación de estas razas, en el comienzo de nuestras relaciones con Roma, no es mero provincialismo, como se verá en seguida. En la formación de las provincias actuales de nuestra patria no intervino la política hasta el pasado siglo XIX; pero muchos siglos antes las habían preformado la Orografía y la Hidrografía que contribuyeron a distribuir los distintos aluviones raciales en regiones pequeñas, cercanas y vecinas que conservaron y aún conservan muchas de sus características a través de los siglos.

Por lo que se alcanza con los documentos históricos que nos han servido para componer los capítulos anteriores se pueden tener como seguros los traslados de razas y pueblos a que hacíamos referencia y que vamos a sintetizar en dos descripciones. La primera ha de corresponder a la más antigua situación de los habitantes que se conoce por los documentos históricos; algunas de éstas no fueron conocidas por los romanos más que por la tradición de los indígenas colonizados. La segunda des-

cripción explicará los movimientos habidos en los tiempos históricos hasta llegar a la situación actual.

La más antigua distribución que se conoce supone al pueblo berón ocupando casi toda la parte de la provincia, al Sur del río Ebro. Sólo en la punta oriental hace presencia el pueblo ibero puro, procedente del Levante español, que llegó siguiendo, hacia arriba, la corriente del río, por su margen derecha; otros vinieron de más al Sur por las cuencas del Jiloca y del Jalón, terrenos de entrada de esta dirección invasora hacia la meseta. Las mismas vías que habrían de seguir los romanos más adelante.

En la orilla izquierda del Ebro, ocupando la Rioja Alavesa y parte baja de Navarra, debemos situar a los primeros cántabros del tiempo histórico, conocidos con el sobrenombre de coniscos. Llegaban por el Norte hasta la sierra de Aralar y Andía, lo mismo que hasta la Burunda en su más amplia expansión.

Por encima de éstos y al Oeste se repartían el terreno distintos pueblos prevascos o por lo menos anteriores al vasco actual, más o menos afín con ellos. Los autrigones, que se esparcían, aproximadamente, las partes occidentales de la actual provincia de Vizcaya, la oriental de Santander hasta Santoña o Laredo, buena parte de Alava y algo de la provincia de Burgos. El resto de Alava y Vizcaya era del dominio de los caristios. Casi toda Guipúzcoa y buena parte de la montaña de Navarra era de los várdulos.

El resto de Navarra era habitado por pueblos de procedencia céltica que se hallaban en contacto, hacia Levante, con el núcleo vasco pirenaico primitivo en la parte más montañosa. En la ribera navarra se encontraban tribus celtas muy afines en origen y caracteres raciales a los berones; la que más se recuerda es la de los suesetanos. En estos últimos se ha podido demostrar en ellos, lo mismo que en los cántabros, la existencia de un componente ligur (el cabezal de Sangüesa, entre otras pruebas). Más abajo se encontraban los iberos formando la mezcla celtibérica, como en la meseta, insinuantes por vía fluvial.

Junto a ellos aparecían los ilergetes, al Este del núcleo vasco del Alto Pirineo y, luego, los lacetanos, todos ellos en el terreno de los antiguos ceretanos. Estos pueblos y otros de la Cataluña actual habrían de recibir las distintas culturas del Asia Menor para trasladarla, río arriba, como habían hecho antes con la cultura de los «urnenfelder». La cultura preromana vino

a la Rioja, Ebro arriba; no así las inmigraciones de razas que, en nuestra región, fueron de origen europeo y entraron por la puerta pirenaica.

Por el sur, recibían contacto los berones con los indomables velos y titos de las cuencas del Jiloca y del Jalón. Por detrás de éstos, exactamente al sur, se coloca el punto de residencia de los beribraces, en el actual reino de Valencia; esta cita no deja de tener importancia, pese a la distancia, si se tiene en cuenta la procedencia y dirección de la infiltración ibérica.

En cuanto a la parte sur del territorio de los berones es preciso señalar las tribus de pelendones y arevacos de las provincias actuales de Segovia y Soria y, en el extremo de esta parte a los arragones que ocupaban la región del río Arragón hasta el Jerjes. Contra éstos debió ser contra los que tuvo que pelear Roma después de la excursión contra el inlocalizable pueblo de los rucones (¿Portugal?).

En las direcciones hacia las hoy provincias de Burgos, Palencia y Salamanca se encontraban los pueblos vaceos, vetones y turmodigos.

Si ahora queremos, siguiendo esta síntesis, dar una breve visión de los movimientos de estos grupos raciales, empezaremos por limitar esta síntesis en el tiempo que transcurre, desde el advenimiento de los romanos, hasta que la región en estudio, se siente solidaria con sus vecinos en el afán español por la Reconquista; bien sea ésta con la «nacionalidad» de astures, navarros, aragoneses o castellanos, que de todo esto ha sido el pueblo predecesor del riojano actual. En época visigoda se formó una conciencia nacional, pero, bajo el signo gótico, con una separación de la clase gobernante y la raza sojuzgada que evitaba las mezclas de sangre, en cantidad, para concederle importancia y trascendencia histórica. La mezcla se realizó, pero mucho más tarde, bajo la presión del nuevo invasor sarraceno y en comunidad de reconquista.

Una vez más insistimos que deben tenerse en cuenta la realidad de estos cambios, para no caer en errores de asignar a cada uno de estos pueblos una morada permanente. Bastante lástima es no poder afirmar la cronología de cada movimiento más de lo que lo hemos hecho en las páginas pasadas y sobre lo que ya no insistiremos.

El núcleo celto-berón de la mayor parte de la Rioja recibe una insinuación celtibérica por el lado oriental, que no pasa de Calahorra y que retrocede, en lo que pudo tener de movimiento

en masa, para quedar reducida a infiltraciones, acaso, del mismo origen que el de la minoría ibérica que, parece ser, regía el destino de otros pueblos más al Norte, como el de los cántabros. Diríamos que estas infiltraciones fueron de miembros de razas ibéricas en época anterior a su confusión con el elemento celta de la meseta para formar el núcleo celtibero.

La separación del pueblo celto-berón del celtibérico, por el lado de la infiltración fluvial fué motivada por la bajada del Pirineo medio del pueblo vascón; bajaría éste hasta el Ebro aragonés e iría subiendo, Ebro arriba, hasta Calahorra, primero, y más tarde, hasta ocupar casi toda la Rioja. Más adelante, por luchas, acaso contra los cántabros de la orilla izquierda del río, subirían hacia Alava y Navarra, bien empujados por los cántabros o bien por confluir con sus hermanos de origen racial que invadían desde Este a Oeste las tierras de Navarra así como las de várdulos, caristios y autrigones. Mucho más tarde, ya en épocas de reconquista fueron infiltrándose los linajes vascos en tierras del Ebro como lo habían de hacer, con tanta gloria, por todo el solar hispánico. El pueblo vasco siempre ha sido el de las expansiones más gloriosas y fecundas y el de las retracciones más fanáticas y lamentables. De todos modos aún nos reservamos para más adelante señalar otro movimiento de dirección berón-vascona en los primeros días de la invasión árabe.

El pueblo cántabro ha sido señalado con más precisión en sus distintos movimientos. En síntesis diremos que puede darse como muy verosímil un primer movimiento hacia el Noroeste impelidos por los vascones del Alto Aragón que acudían a la Rioja por vía Ebro. Un segundo movimiento de expansión río abajo, el que empujara a los vascones a su solar vasco actual. Un tercer afincamiento muy sólido tras las guerras cántabras por orden del vencedor romano que habría de durar toda la época visigótica. En ésta pudo ser muy bien Cantabria (*Contrebia*) la capital, hasta el día de su destrucción por los visigodos. Luego se habría de fundar el ducado de Cantabria, cuna de don Pelayo. Por cierto, y valga esta disgresión: jamás he oído decir a un riojano que también lo fuera el primer rey de nuestra reconquista nacional, como lo hace Mennédez y Pidal.

Estos movimientos de los cántabros hicieron cambiar varias veces la contigüidad de los berones con los turmódigos y demás pueblos occidentales pero sin gran trascendencia para el proceso de la formación de la raza de la Rioja actual.

En suma: la Rioja, ocupada por una raza céltica, se pone

en contacto con el pueblo vascón. Acaso sucediera esto desde el siglo VII el año cincuenta (antes de J. C.) en el período de gran expansión del pueblo vascón, cuando, según Caro Baroja, este pueblo parece que gozaba de cierto poder estatal. No parece que hubiera lucha entre el elemento vascón y el celta; llegó a haber una verdadera fusión de razas, si bien no llegara a una confusión de las mismas, dada la gran cantidad de rasgos celtas que aún hoy dominan en el riojano. La toponimia se fiñó de un lenguaje mezcla de vasco o ibero - vasco y del céltico. Pero siempre los nombres de régulos y príncipes segufan siendo celtas. Al descendiente del berón, como a una gran parte de los navarros actuales, se les podría denominar, según todo esto como vasco - celta. Entre cántabro y berón parece que hubo más una diferenciación de pueblos que de razas. En la toponimia y en el folklore riojano, lo mismo que sus rasgos etnográficos, todo lo que no es celta es vascón.

El elemento celta está caracterizado, sin profundizar demasiado en la Antropología, por la braquicefalía, relativa poca extensión de la cara, pómulos salientes y occipucio verticales. En cambio, el elemento vascón se sigue caracterizando por ser mesoplaticefalos leptorrinos.

Intermedio en Logroño

En este punto de nuestro trabajo, queremos retener nuestra atención sobre ese Logroño que se nos pierde en nuestra búsqueda. Es como si fuera el último esfuerzo por justificar la existencia de algún poblado junto a la desaparecida Contrebia o, por lo menos, la justificación del nombre que habría de tomar la plaza que se construyera, más tarde, en sus faldas, al otro lado del Ebro.

Nos quedaban por mencionar algunas sugerencias, como la de que el nombre de Lucronium podría ser una latinización algo forzada de otra denominación más primitiva. Esta latinización no tiene fecha todavía; lo mismo pudo ser en la época de la dominación romana, que en los últimos momentos de utilización del latín en los documentos oficiales, cuando ya hablaba la lengua romance el pueblo de la región que nos ocupa. Como ya veremos más adelante, cuanto más se estudie el euskera, más se siente la interacción que tuvo con el latín de la época, en los primeros siglos de la Edad Media; con el latín degenerado que, al final, usará el vulgo, que no había dejado de hablar en su

lengua vernácula; vasco o ibero-vasco. Los escritores son cuenta aparte, pues sólo lo eran los que por su profesión religiosa dominaban el latín en el ambiente conventual. Es más; creo que aquella mezcla, en los países que antes habían hablado vasco o ibero-vasco, fué el fermento más idóneo para la aparición del romance.

Hay la probabilidad de existencia por esta región, de un dios local, de nombre más o menos parecido al de Locronio, lo mismo que es cierta e irrefutable la existencia de un dios Tolonio en la llanura de Salvatierra, alrededor del dolmen de Eguilaz, lo mismo que por la parte de Abalos, la Sonsierra y Samaniego.

Téngase en cuenta la existencia del héroe Leucón, el compañero y coetáneo de Ambón, ya citado, así como el hecho de llamarse por todos Leucada, la Contrebia, cuya existencia defendemos. Todas las referencias topográficas que de él se hacen le refieren al Ebro Citerior, cualquiera que fuese el campo de sus actividades guerreras.

No se olvide tampoco que aunque Logroño es llamado Juliobriga, también se llamó Julia a la ciudad de Calahorra, desde la intervención de Julio César. Acaso esto lleve a hacer consideraciones sobre una supuesta ciudad «Julia», procedente de Calahorra, que nada tuviese de irreal, aun sin tener que ver nada con la verdadera ciudad Juliobriga descubierta últimamente en el país cántabro montañés.

Recuérdese, además, la existencia de Lugoves, en la Celtiberia, así como la raíz *lug* que representa, en la mitología irlandesa, al mito solar, y que voces como la de Lugdunum son referidas por Diodoro al cuervo. No quiere decir esto ninguna afirmación de totemismo en las razas que nos precedieron; pero sí se sabe que este animal era sobrevalorado por los primitivos pobladores del Ebro, y aun de Celtiberia, como intermediario entre este mundo y el del más allá, por ser el animal que llevaba a los muertos al «más arriba». Silvio Itálico hace referencia taxativa a que los indígenas abandonaban sus muertos a la acción de buitres y cuervos.

A las coincidencias de todas clases que hagamos entre nuestro país, Inglaterra e Irlanda, conste que nos referimos, concretamente al común origen celta de sus primitivos pobladores, pero que también podrían haberse originado mucho antes, y en sentido inverso, en la época en que los oestrimnios, el pueblo de las serpientes, emigraba hacia las islas del Oeste de Europa, desde las costas gallegas.

Estas son las sugerencias que ocupan este intermedio. Es lástima que no pasen de las sugerencias de los datos escuetos, sin una fantástica unión prematura entre ellos.

SEGUNDA PARTE

La oscuridad medieval

Hemos venido estudiando, con ligereza de ensayo, los distintos pueblos o focos urbanos de indiscutible realidad en nuestra región. Ellos fueron los núcleos en que empezó a cuajar la cultura que recibíamos, así como el final del nomadismo o seminomadismo en que antes vivieran las distintas tribus y razas. En estos núcleos, la colectividad tribal predeterminada por la sangre y que subsistía en sus desplazamientos geográficos, se afianza, se emplaza en la urbe. La consanguinidad se convierte en conciudadanía o paisanaje. El elemento berón no debió ser muy guerrero; ni padeció desplazamientos guerreros; acaso, porque fuera primitivamente más agricultor. Este pueblo, en la urbe, se mezcló con los elementos más inquietos, o pastoriles y nómadas, como el vascón y cántabro. La sangre se confundía en las ciudades mientras se difundía o dispersaba —como la nube— la comunidad racial primaria.

Toca ahora comentar cómo, a partir de estas ciudades que resistieron los embates de las guerras y el duro trato de la Historia, se vino a formar la Rioja de hoy.

Recordemos, como recapitulación, que hemos comenzado nuestro estudio, no por su comienzo real—¡cualquiera lo sabe!— sino por el punto y hora en que la conquista romana nos hace conocer la civilización del Lacio. Ahora vamos a imaginarnos, con la imaginación juiciosa y sin exceso de fantasía, lo que debió ocurrir durante los años de pacífico provincialismo romano, en la irrupción bárbara y dominio visigótico, así como en la dominación árabe y en los años más oscuros de la Reconquista.

Para ello continuaremos, ahora, nuestro estudio en dos sentidos diferentes. Por un lado, observando las amalgamas raciales que hubieron de verificarse durante tan largo lapso de tiempo; por otro, nos detendremos, siquiera sea con brevedad, en la descripción de las vías de comunicación de entonces, que habrían de determinar la infiltración pacífica con sus vecinos.

Respecto al primer punto, meditemos que en los últimos si-

glos de la dominación romana en la Rioja, tuvo que haber, en la provincia, luchas y persecuciones religiosas, si bien no han dejado testimonio de que produjeran grandes modificaciones en la población. Esto en cuanto a modificaciones de raza; otra cosa es admitir la influencia de este factor como determinante de una más acentuada huida del elemento vascón hacia la montaña; hacia las hoy provincias vascas, dada su resistencia a admitir el cristianismo, a más de los que huyeran después por razones opuestas; esto es, por conservar el cristianismo que aprendieran en la ribera y en el llano. Siempre el más puro elemento vascón y vasco es tardo para la asimilación de valores espirituales nuevos; los mismos que, luego, han de defender con más tenacidad que nadie. En cambio el romanizado, poco vasco, huiría, en la época de las persecuciones sólo con saber que al solo paso del Ebro encontraba, si no reconocimiento, libertad para sus creencias. Las montañas vascas fueron paganas hasta el siglo XVI.

El río volvió a tener nueva importancia. Ya no era, esta vez, como cauce comercial o dirección migratoria, sino como frontera de influencia política y religión y, andando más el tiempo, como frontera de idioma. En la oscuridad de los primeros siglos medievales la orilla izquierda del río se paganizaba atávicamente, en tanto que los de la ribera derecha, cristianizados, vivían de los restos de la cultura romana.

En esta última, el latín duró mientras pudo durar y, cuando se perdió por el mismo camino fatal que lo había hecho el anterior idioma vernáculo, empezó a corromperse en fermentos de romance.

La población de más arraigo, la celta-berona, agarrada a la tierra y viviendo de su cultivo, tardó menos en aceptar la nueva religión; cambió de religión sin cambiar de tierra. En cambio, los más rebeldes, los menos asidos a la tierra, pasaron definitivamente el río originando la más decisiva separación del elemento celta y vascón. Quedó al Sur del río una raza, que, siempre, en el transcurso de la Historia, habría de aceptar más pronto o demasiado pronto las sucesivas corrientes ideológicas. Al Norje, la raza habría de caracterizarse, en el futuro, como tenaces o morosas en la aceptación de nuevas ideas y leyes. Estos habrían de encontrar, andando el tiempo, su fórmula de *Jaungoikoa eta lege zarra* (Dios y leyes viejas), en tanto que sus antiguos hermanos del Sur, si no hubiesen abandonado el idioma primitivo habrían formulado un posible *Jaungoikoa eta lege*

gutxiak (y leyes pocas) compatible con el de sus antiguos hermanos.

La diferencia aparente entre estos dos lemas, en los que queremos condensar dos ideologías raciales, no está más que en la que hay entre los dos modos de huir de una ideología: la resistencia de una valiente huída y la de los pueblos que aceptan la convivencia del invasor sin darse jamás. Estas ideologías fueron el cristianismo, la civilización bárbara después, y más tarde, la sarracena. De aquí todas las luchas de los visigodos por el sometimiento de los vascones en los tiempos en que figuran asentados en las regiones de la actualidad y en las que cabe incluir, aún, el último final de Contrebia.

Nunca quedó la Rioja tan aislada como entonces de sus vecinos. Montes y río la separaban de todos ellos. Sólo la unía la misma testa dominante y no sabemos hasta con que punto de efectividad.

El cruce con las razas germánicas medievales apenas tiene valor para el enjuiciamiento antropológico y tipológico del riojano actual. Casi otro tanto puede decirse de su cruce con la raza árabe. En cambio, doy un valor mayor al cruce con los elementos semitas que convivieron en la Rioja durante muchos más años que las razas antes citadas y que se infiltraron pacíficamente, de un modo continuado, entre el elemento aborigen romanizado. Los focos semitas fueron considerables y, naturalmente, sólo en las ciudades más pobladas de la ribera. Por ejemplo, en la época de la dominación árabe, el núcleo hebreo de Tudela irradió su sangre por una buena parte de la Rioja Baja. El árabe dominador no permitía su cruce con el semita en la misma intensidad en que, éste buscaba infiltrarse entre los dominados, seguro que su unión con el dominado, apegado a su tierra, sería más arraigadora que con la clase guerrera invasora.

Pues bien; en estos oscuros tiempos de la Edad Media, lo mismo que en los siglos últimos de la dominación romana, en que la paz restaba interés de los historiadores por la región, dos puntos atraen nuestra atención hacia el fin de nuestro trabajo. Uno de ellos es el estudio de los caminos que dejaran los romanos y que fueran los únicos que se utilizaran en esa época, únicos cauces de las relaciones pacíficas y comerciales entre sí y con los pueblos colindantes. La desidia de los días góticos, primero, como las luchas de reconquista, después, no hacían pensar en la necesidad de crear nuevas vías de comunicación; la vida de entonces tampoco hacía inspirar esta necesidad o con-

veniencia. Se podía vivir, en éste, como en otros aspectos, de la herencia de Roma.

El otro punto que nos atrae estudiar en estos tiempos de oscura calma u oscura guerra, cuando el elemento vascón que no termina de naturalizarse definitivamente se repliega hacia el Norte, es, ver cómo persiste y se conserva la antigua toponimia en sus villas y lugares lo mismo que muchas de sus costumbres y regionalismos de lenguaje de clara procedencia vasca.

Es lo que podemos comentar a lo largo de los últimos años de dominación romana, y luego de la visigótica y árabe. Años casi sin historia escrita que terminan con con la fundación del Monasterio de San Millán, «el Escorial de la historia de la Rioja», así como de las cuatro provincias vascas españolas.

Caminos en la Rioja

Dos clases de caminos hemos de indicar brevemente que fueron usados por los hombres de nuestra región en los días que ahora nos ocupan. Unos, son las vías romanas verdaderas; otros son los caminos de peregrinación. En realidad, éstos fueron hechos aprovechando todo lo posible las antiguas calzadas y sólo, más tarde, por desviarse de anfractuosidades del terreno, por evitar contacto con pueblos hostiles, se fueron buscando caminos en el llano o aprovechando puentes; los antiguos, de los romanos y los que habrían de construir más adelante Santo Domingo y sus discípulos.

Quedaba otro tipo de caminos. Los construídos por Dios y la necesidad, buscando a campo traviesa el monte en qué protegerse del invasor árabe; pero de estos «caminos de Dios» hablaremos más adelante.

De la época romana nos quedan los vasos Apollinares descubiertos en el balneario de Vicarello; ofrenda, quizá, de algún habitante de nuestra península, agradecido al efecto curativo de aquellas aguas. En ellos y en los Itinerarios de Antonio Caracalla, treinta y cuatro en total (año 216 d. de J. C.) tenemos las mejores fuentes de conocimiento de los caminos en la época romana. De los que más interesen a nuestra región, vamos a intentar dar una breve visión sintética, fácil por un lado de retener en la memoria, pero sin llegar a fantasear por afán de ser completos.

Una de las vías o itinerarios más antiguos que conocemos es el ya referido de Escipión, hasta Pancorbo, a través del país

de los berones hasta llegar a los autrigones del Sur. Hay referencias concretas que esta ruta se llevó a cabo « al norte de la sierra de la Demanda ». Llegaba hasta Varia. Más tarde, en tiempos de Augusto y de las guerras cántabras, parece que era ya una pista empedrada (Schulten).

Pues bien; esta vía, que llamaremos A, para comodidades de nuestra descripción, puede darse como completada en los días de Roma con las que unían para los efectos administrativos del Imperio, y luego los eclesiásticos, a Tarragona con Astorga y Braga. Describámosla desde Cesaraugusta, Borja, Mallén, Cascante (Cascantum); aquí debió existir una unión con la vía hacia Tarazona, que luego señalaremos. Siguiendo más hacia el Norte, iría nuestra vía A a buscar Gracurris y luego Rincón de Soto, Calagurris y Varea, pasando antes por Castellu Rubio, en el Arrúbal de hoy.

En Varea o en Arrúbal debió haber empalme hacia el Sur, que luego expondremos con más detalle. Desde Varia seguía hacia Entrena, Hormilla y Tricio, pasando después por Tricio (Tritium), Leiva (Livia) y Herramélluri. Aquí debió haber una importante concentración urbana en los últimos tiempos de la dominación romana, por lo menos, con importante atalaya sobre la que construyó más tarde el duque de Frías su castillo. Hasta allí llegaban los berones entonces, y de ella procede la llamada *Venus de Herramélluri*, descubierta en 1905, figura de belleza extraordinaria en su pequeño tamaño de veinte centímetros y de cobre modelado a cincel. Repárese en el nombre típicamente vasco de este lugar en el país de los berones. Más adelante nuestro camino, pasando por terreno de autrigones y turmogos o turmódigos, llegaba a Segisamun, interpretado por todos como Cerezo del Tirón. Aquí había una unión, según los trabajos de Blázquez desde el año 1915 al 23, con otra vía que llegaba de Pamplona. También debió haber un ramal desde aquí hasta Foncea y Pancorbo, y otro que fuera hacia el Sur hasta Grañón; acaso el uno prolongación del otro. Desde Segisamun continuaba esta vía hasta Briviesca (Birovesca) y, luego a Astorga.

Esta vía debió tener un empalme con la vía de Asturias, lo mismo que sabemos tenía la vía transversal que describiremos como paralela, más al Sur. Acaso, pero no lo damos seguro, el trayecto que hemos indicado desde Grañón hasta Foncea cumpliría esta función de unir estas vías transversales. Como ya dijimos y queremos insistir, esta vía era la que unía la

Rioja a su gobierno romano o eclesiástico de Tarragona.

Existió mucha relación entre Grañón y Quintanapalla; éste último, gran cruce de caminos, pero no sabemos seguro que fuera vía independiente de la anterior para exponerla como vía propia.

Llamaremos vía B a una de las que quedan en mejores condiciones de conservación. La recogemos a ésta en Gimileo, y se extiende hasta Pancorbo, uniéndose con la anterior; pasaba por Foncea, donde convivían berones y autrigones. Es éste un lugar en que es frecuente el hallazgo de armas antiguas, como si hubiera tenido en sus alrededores un castro importante o hubiera acontecido en su proximidad alguna batalla importante, más importante de lo que supone el silencio de la Historia.

Sigue este camino hacia el Oeste a buscar el campo de Gembres, junto a la villa de Sajazarra, con el actual testimonio de sus ruinas, para ir después, por Cihuri y pasar más tarde por el hermoso puente de Anguciana (denominación formada por corrupción de Augustana), y llegar después a Gimileo, donde tuvo albergue la Geminis Legio o Legión VII, según Fernández Guerra.

Creemos que no fué en la época romana sino en la de las peregrinaciones, cuando esta vía se uniría a Fuenmayor y, luego, a Entrena o Navarrete, según documentos de 1200, en que ya había allí un hospital para servicio de peregrinos. Quedaría unida, así, a nuestra vía A.

Describiremos más a la ligera otro vía; la C. Esta no pasa por la Rioja, la evita más bien; pero está tan cercana que debemos hacerla constar por su valor derivativo. Quizá esta vía contribuiría a dar más aislamiento al país riojano, dejándolo solamente dedicado a ruta de peregrinaje. Es la que viene de Zaragoza o Tarragona. Desde Zaragoza, por Cascante, como dijimos al describir la vía A. De Zaragoza por Cascante, o desde Tarragona, llegaba a Tarazona y seguía por Agreda, Numancia, Osma (Uxama). De aquí a Coruña del Conde (Clunia) aparecía su ramal hacia Asturias, que ya comentábamos antes.

Luego iba a parar a Astorga, pero no sabemos si era vía absolutamente independiente o es la misma que referíamos con cierta probabilidad desde Grañón a Quintanapalla. También se han visto trabajos de calzada romana desde Hormilla hasta Valpierre o Ventas de Valpierre.

Vamos viendo, hasta aquí, las vías que atravesaban o elu-

dían La Rioja de Oriente a Occidente, cumpliendo actividades administrativas o eclesiásticas. Tal descripción corresponde ser completada con las vías que unían las anteriores al centro de Europa; son las vías de socorro e intendencia de la época de las luchas con Roma y su relación con ésta, la que no se hiciera aprovechando río abajo, el camino del Mediterráneo.

No es muy seguro este empalme, en parte por los trozos de vías perdidas en el transcurso del tiempo, amén de documentos a ellas referentes, así como por estar haciendo una descripción conjunta de los caminos que fueron conservándose o perdiéndose en el trascurso de diez siglos, junto a los que se hicieran o completaran en los últimos de éstos por la pasión jacobea. Su interés es grande. Aparte de que decíamos que unían la región a Europa, nos interesa más hacer constar ahora que la unían, concretamente, a la Aquitania.

Llamaremos vía D a la vía Aurelia que llegaba a Pamplona. Desde aquí debió haber distintas desviaciones para elegir, entre ellas, la más anfractuosa y montañera o la más llana y tranquila.

La que más directamente uniría Pamplona a Astorga en los tiempos romanos en que se contaba con la amistad vasca, iría por Araceli o valle de Huarte-Araquil a buscar Salvatierra hasta que, al Sur de los montes de Isquits llegase a Toloño con un probable ramal hacia Zuazo, para unirse a la vía B de nuestra descripción, en punto que desconocemos con certeza y por el que podría seguir su camino hacia Coruña del Conde por Leiva y Grañón, según dijimos anteriormente.

Esta vía parece ser que es la que debió pasar por la calzada conservada aún entre Punicastro (La Población) y Marañón. En ella debió haber un gran puente, pero no el llamado puente Mantible, según hay cierta tradición en los alrededores. Es tradición de origen reciente: del siglo pasado, producida por la torcida difusión de algunos descubrimientos arqueológicos referentes al célebre puente Mantible de Alconetar, junto a Cáceres. Lo que sí puede haber de cierto, a más de la existencia de un puente, que éste fuera muy traído y llevado en las historias de brujerías y lamias, tan propias del país de la Vasconia brumosa, localizadas siempre junto a puentes antiguos atribuidos por los nativos al demonio que los hiciera en una noche. En ellos creían verse a las lamias peinando sus cabellos de plata en las noches de luna. Por cierto, que en la región alavesa se adoraban a una especie de seres sobrenaturales, medio dioses, medio brujas, llamadas «matres». Acaso sea este el origen del nom-

bre del llamado : Puente Madres, junto a la capital riojana.

Más al Este unía Pamplona a nuestra región una prolongación hacia el Sur de la Vía Aurelia. La llamaremos : vía E. Venía por Estella, Irache, Los Arcos (Kurmantum), Torres y Viana. En principio terminaba aquí, y desde este punto hasta Logroño o Contrebia se hizo más tarde la prolongación; acaso cuando ya construido el primer puente de Logroño se uniera la vía B de nuestra descripción con Entrena y Fuenmayor. Si no se hubiera hecho con fines peregrinos, pronto la habrían hecho vianeses y logroñeses para abrazarse y luchar a placer, que de todo hubo en las vicisitudes históricas de ambos pueblos. Pero esta unión, insistimos, no figura en los tiempos de dominación romana.

Queda por señalar una última vía de dirección Norte - Sur. Vía F. Empezaba en Contrebia o Logroño para buscar Leza; también llegaba un camino a Leza que venía desde Arrúbal, Agoncillo o Recajo (Erre-cajo-ruinas; en vasco ¿ruinas de qué?). Luego seguía hacia Soria por Laguna. San Andrés hasta el puerto de Piqueras, con puente hacia el Monte Laturce. En algunos puntos da la sensación de una vía romana, pero no nos consta que existiera en esa época. Pudo ser hecha a la manera romana en tiempos posteriores, antes o después del célebre entierro de San Prudencio. En aquellos oscuros tiempos sólo la piedad religiosa era capaz de mover a las gentes a erigir una «obra de romanos». Todo queda en saber si las mulas que tiraron del cuerpo del santo a su guisa y placer tomaron la dirección de un camino ya construido o si éste fuera hecho y consagrado al santo con posterioridad.

Más al Este, habría otros caminos, o por lo menos otras rutas de caminos, sin construir como tales. Por ellos iban y venían los reyes godos de combatir a los vascos y cántabros camino de Aquitania. Pero según nos dicen las crónicas, para ello solían pasar por Calahorra y Roncesvalles.

Así, de esta manera, se recogía por La Rioja, casi todo el movimiento peregrino hacia la tumba del Apóstol de Occidente. Emile Mâle, en *L'Art Religieux Du XII Siecle En France*, sintetiza las distintas corrientes turísticas, como diríamos hoy, de la siguiente manera : por Arlés y Saint Gilles, Montpellier, y Toulouse hasta Somport y luego Puente de la Reina, Estella, etc. Los de la Borgoña, por Cevennes, llegaban a Ostabat. Los de más, al Este, llegaban también a Ostabat por Cevennes. También se reunían en Ostabat los procedentes de la parte de Orleans,

después de haber visitado el santuario de San Martín de Tours y Saint Seurin de Bordeaux. Así, pues, desde Somport y Ostabat penetraban en nuestra patria utilizando en parte nuestras vías de comunicación señaladas, bien las de dirección Norte-Sur, exclusivamente, o en una buena parte las de Oriente a Occidente.

En relación con este tema de las comunicaciones de nuestra región, en la antigüedad bien puede leerse a Cantera Orive o los trabajos más especiales de Fernández Guerra, con su mapa itinerario que se ha hecho clásico en la cuestión, o bien los comentarios a esta obra en la Hübner: *Inscriptiones Hispaniae Latinae*. También los trabajos de Antonio Blázquez, desde 1915 al 1923.

(Continuará)

